

El pensamiento político de Piotr Kropotkin: el apoyo mutuo como fundamento de la moral,
el derecho y la política anarco-comunista

Carlos Javier Ramírez Herrera

Universidad Pontificia Bolivariana-Medellín.

Escuela de Derecho y Ciencias Políticas

Facultad, Ciencias Políticas

Medellín

2022

El pensamiento político de Piotr Kropotkin: el apoyo mutuo como fundamento de la moral,
el derecho y la política anarco-comunista

Carlos Javier Ramírez Herrera

Asesor.

Juan David González Agudelo

Politólogo, Universidad Pontificia Bolivariana-Medellín.

Magister en Derechos Humanos y Derechos Internacional de los Conflictos Armados,
Escuela Superior de Guerra-Bogotá.

Magister en Seguridad y Defensa, Universidad Antonio Nebrija-Madrid.

Universidad Pontificia Bolivariana-Medellín.

Escuela de Derechos y Ciencias Políticas.

Facultad de Ciencias Políticas.

Medellín.

2022.

Medellín, 10 de noviembre de 2022.

Carlos Javier Ramírez Herrera

“Declaro que este trabajo de grado no ha sido presentado con anterioridad para optar a un título, ya sea en igual forma o con variaciones, en esta o en cualquiera otra universidad”. Art. 92, párrafo, Régimen Estudiantil de Formación Avanzada.

Firma del autor (es)

Carlos Ramírez

Contenido

El pensamiento político de Piotr Kropotkin: el apoyo mutuo como fundamento de la moral, el derecho y la política anarco-comunista.	5
Resumen	5
Metodología.	6
Introducción.	7
1. La ayuda mutua como fundamentación de las instituciones.	8
1.1. La sociabilidad como factor de evolución y construcción de las instituciones.	9
1.2. Tribus o clanes.	11
1.3. Comunas aldeanas.....	13
1.4. Gremios.....	14
1.5. Ciudad medieval.	15
1.6. Uniones obreras y asociaciones de cualquier tipo.	18
2. Moral: su origen y evolución hacia una concepción anarquista.	19
2.1. Fundamentos de una nueva ética.	21
2.2. El principio moral en la naturaleza.	24
2.3. Noción de la moral desde el anarquismo kropotkiniano.....	25
3. Derecho y Política: origen y evolución de los conceptos hacia una visión anarco-comunista.	29
3.1. Concepción del derecho en Kropotkin.....	29
3.2. Concepción de la política en Kropotkin.	34
Conclusiones.	38
Referencias.	39

El pensamiento político de Piotr Kropotkin: el apoyo mutuo como fundamento de la moral, el derecho y la política anarco-comunista.

Carlos Javier Ramírez Herrera¹

Resumen

En este artículo revisaremos la propuesta política de Piotr Kropotkin. Como veremos, el autor adopta una posición holística o integral de sus teorías, es decir, une sus postulados científicos con los filosóficos. Para él, el apoyo mutuo, además de ser el factor más importante de la evolución, es el instinto que fundamenta y da forma a las instituciones, desde las más primitivas a las más complejas. Este mismo instinto, inspirador de instituciones básicas en el ser humano, deberá ser la base de una moral, un derecho y una política enmarcadas en los preceptos anarquistas o anarco-comunistas adoptados por el autor ruso.

Palabras clave: apoyo mutuo, evolución, moral, derecho, política, anarquismo.

¹ Estudiante aspirante al pregrado de Ciencias Políticas en la Universidad Pontificia Bolivariana, sede Medellín.

Metodología.

La investigación puede tener dos enfoques: conductual y normativo. El primero porque se trata de dar una explicación sobre el comportamiento humano, tanto individual como colectivo; el segundo porque se aproxima a las instituciones sociales que ejercen un poder público desde sus relaciones con los sujetos, los compromisos políticos y sus alternativas, es decir, la relación entre institución y sociedad. El método será el hermenéutico, pues haremos una revisión de la teoría política de Kropotkin, que puede ser comprendida como una interpretación de hechos biológicos, hechos que pueden ser interpretados de manera distinta por otros autores. El análisis se hará con base en datos cualitativos, utilizando las observaciones del autor o auto-observaciones.

Introducción.

En los debates imprescindibles de la contemporaneidad, está la pregunta sobre cuál es la verdadera naturaleza humana. Mientras que algunos autores piensan que el hombre es violento por naturaleza, piensa en su propio beneficio y en un todo, es sumamente egoísta, otros, en cambio, consideran que la sociabilidad, la simpatía y la fraternidad de unos con otros es lo que realmente define al ser humano.

Sin embargo, esta disputa filosófica no es nueva, y podemos encontrar su origen muchos años atrás. Ya desde los tiempos de Thomas Hobbes se creía que el hombre, durante cientos de años, había vivido en una especie de estado natural, en el que la guerra de todos contra todos era permanente, y solo podía acabarse con el sometimiento del hombre a una autoridad suprema; unos años más tarde, autores como Herbert Spencer, influidos por el darwinismo, adoptaron la idea de que la lucha por la existencia constante es el motor de la evolución, y por lo tanto la verdadera característica natural de los humanos.

Aquellos razonamientos sirvieron de base para legitimar modelos políticos y económicos preponderantes en sus tiempos – El Estado para Hobbes y el capitalismo para Spencer –. La disputa, pues, pasaba del ámbito científico al ideológico. En el otro espectro, podemos encontrar a Piotr Kropotkin, naturalista ruso – lo que se conoce hoy en día como biólogo – que creía firmemente en la sociabilidad en las especies, es decir, la capacidad innata de los animales y los humanos para unirse y trabajar en conjunto con un fin específico; esta teoría biológica es utilizada por Kropotkin para hacer una defensa del anarquismo y del comunismo, teorías políticas que destacan la sociabilidad como un factor clave para la construcción de una sociedad distinta a la del libre mercado.

El apoyo mutuo, es entonces para nuestro autor, la base de nuevas configuraciones institucionales que se enmarcaran en los movimientos anti-estatales, muy populares en el siglo XIX. En este artículo revisaremos su obra para poder comprender a cabalidad su importante propuesta, que no se agota en un solo campo de pensamiento, sino que intenta abarcar todo el espectro científico – incluidas las ciencias sociales – que tomaban forma en ese siglo.

1. La ayuda mutua como fundamentación de las instituciones.

Lo que planeaba hacer Kropotkin era un estudio de las instituciones que se creaban por la necesidad de ayudarse mutuamente de los humanos, que, según su ciencia evolutiva, es el factor más importante de evolución. Con base en este razonamiento, hace un recuento histórico de las instituciones de ayuda mutua que se crearon para enfrentar las circunstancias en las que vivían. El autor analizará cinco tipos de instituciones de carácter político, entendido lo político como la organización de la sociedad: el clan o la tribu, la comuna aldeana, los gremios, las ciudades medievales y las uniones obreras o asociaciones de cualquier tipo o fin.

La lucha por la existencia como factor de la evolución está muy influida por la Teoría evolutiva de Charles Darwin, la cual fue, para Kropotkin (2020), una teoría muy importante e inspiradora para sus investigaciones, pues abarca un conjunto de fenómenos que son explicados desde un razonamiento común. Sin embargo, autores como Huxley y Spencer, según la opinión del autor, han desfigurado la idea de Darwin y la han reducido a la simple “lucha de individuos por los medios de subsistencia” (p. 30) olvidando que el mismo Darwin decía que había que comprender la lucha por la existencia de forma amplia, incluyendo la dependencia de un ser viviente de los otros y, no solo la vida de un individuo, sino la posibilidad de que deje descendencia.

El mismo Darwin, señaló que, en muchas sociedades animales, la lucha por la existencia cesa para dar paso a la cooperación, proceso que “conduce al desarrollo de las facultades intelectuales y de las cualidades morales y que asegura a cada especie las mejores oportunidades para sobrevivir y perpetuarse” (p. 30). Los más aptos, son aquellos que mejor saben unirse y apoyarse los unos a los otros –tanto los débiles como los fuertes- por el bienestar de su comunidad.

Los sucesores de Darwin, como Spencer o Huxley, restringieron la concepción de la lucha por la existencia hasta sus límites más estrechos. Los seguidores de Darwin elevaron, por propia comodidad la lucha “sin cuartel” a la altura de principio biológico al cual el hombre debe subordinarse o de lo contrario sucumbirán en este mundo basado en el exterminio mutuo.

1.1. La sociabilidad como factor de evolución y construcción de las instituciones.

El naturalista que reflexiona sobre el papel que desempeña la vida social en el mundo de los animales, debe prevenir contemplar la naturaleza “en forma de campo de batalla general como del extremo opuesto que ve en la naturaleza como paz y armonía” (Kropotkin, 2020, pp. 33-34). Así como vemos en la naturaleza la lucha por la existencia, vemos la ayuda mutua, el apoyo mutuo y la protección mutua entre los animales de la misma especie o misma sociedad. ¿Quiénes son los más aptos?, Se pregunta el autor: los animales que adquirieron las costumbres la ayuda mutua. Además de ser una ley de vida en los animales al igual que la lucha por la existencia, es un factor de evolución más importante, pues:

“Facilita el desarrollo de las costumbres y caracteres que aseguran el sostenimiento y desarrollo máximo de la especie junto con el máximo bienestar y goce de la vida para cada individuo y, al mismo tiempo, con el mínimo de desgaste inútil de energías y fuerzas” (Kropotkin, 2020, pp. 34-35)

Kropotkin (2020) basa sus argumentos en las formas de asociación que se pueden observar en el mundo animal. Habla, de primeras, de la asociación entre el macho y la hembra para la crianza de la prole (p. 49). Nos recuerda que ese tipo de asociaciones están extendidas ampliamente hasta entre los carnívoros menos sociables y las aves de rapiña; la asociación familiar constituye el medio a través del cual se desarrollan los sentimientos más tiernos hasta entre los animales más feroces en otros aspectos. De igual forma, a Kropotkin no le interesa ese tipo de asociaciones, pues existen otras más generales para la caza, la defensa mutua, o simplemente, para el goce de la vida (p. 49).

Kropotkin, pese a admirar algunos ejemplos de sociabilidad en distintos mamíferos, se centrará en la sociabilidad de los monos, puesto que son los parientes más cercanos del hombre primitivo. A pesar de que, argumenta el autor, en tan vasta división del mundo animal, que incluye centenares de especies, encontramos la mayor diversidad de conductas y costumbres, debemos reconocer que la sociabilidad, la acción mutua, la protección mutua y el elevado desarrollo de los sentimientos que son consecuencia necesaria de la vida social

son los rasgos distintivos de casi toda la vasta división de los monos y los simios. Por todo lo antes dicho, podemos afirmar que la vida en sociedad no constituye ninguna anomalía en el mundo animal. Por el contrario, es regla general – ley de la naturaleza – y alcanza su más pleno desarrollo en los vertebrados superiores.

Según Kropotkin (2020), citando las ideas de Darwin, las facultades intelectuales son el instrumento más poderoso en la lucha por la existencia y la fuerza más poderosa para el correcto desarrollo; pero estas facultades intelectuales están condicionadas en su desarrollo, y en más alta proporción que todas las otras, por la vida social (p.91). Los más aptos, los mejor dotados para la lucha contra los elementos hostiles son así los animales más sociales, de manera que *se puede reconocer la sociabilidad como el factor principal de la evolución progresiva*, tanto directo debido a que asegura el bienestar de la especie junto con la disminución del gasto inútil de energía, como indirecto ya que favorece el crecimiento de las facultades intelectuales.

Además, parece evidente que la vida en sociedad sería completamente imposible sin el correspondiente desarrollo de los sentimientos sociales, en especial, si el sentimiento colectivo de justicia (principio fundamental de la moral) no se hubiera desarrollado y convertido en costumbre. Si cada individuo abusara constantemente de sus ventajas personales y los restantes no intervinieran a favor del ofendido, ningún tipo de vida social sería posible. La sociabilidad, de este modo, pone límites a la lucha física y da lugar al desarrollo de los mejores sentimientos morales.

Por fortuna, la competencia no es la regla general ni en el mundo animal ni en la humanidad. La ayuda y al apoyo mutuos crea mejores condiciones para la selección progresiva por medio de la eliminación de la competencia.

La ayuda mutua es un factor importantísimo para el mundo animal, pero en cuanto al hombre, muchos opinan algo diferente: que un ser tan indefenso como el hombre habría hallado protección y un camino de progreso no en la ayuda mutua, como los demás animales, sino en la lucha irrazonada por ventajas personales, sin prestar atención a los intereses de la especie:

“En la historia se ceñían al conocimiento de lo que nos contaban los cronistas que siempre han prestado atención principalmente a las guerras, a las crueldades y a la opresión; y estos pesimistas llegaron a la conclusión de que la humanidad es una sociedad de seres débilmente unidos y siempre dispuestos a pelearse entre sí hasta el punto de que únicamente la intervención de la autoridad impide el estallido de una contienda general” (Kropotkin, 2020, p. 114)

Esta tesis proviene de Thomas Hobbes, que dice que los hombres primitivos vivían en una eterna guerra intestina, hasta que entre ellos aparecieron los legisladores, personas sabias y poderosas que asentaron el principio de la convivencia pacífica. El error fundamental de Hobbes y otros filósofos, es que representaban al género humano en forma de familias nómadas, sin embargo, se ha establecido positivamente que semejante hipótesis es por completo incorrecta. El filósofo ruso, comentando las investigaciones etnológicas de las instituciones humanas de las razas más inferiores más importantes en su época, dice que éstas hallaron las huellas de instituciones más antiguas desaparecidas hace mucho tiempo, en las instituciones actuales de los pueblos primitivos. Esa ciencia, estableció, que la humanidad no comenzó su vida en forma de pequeñas familias solitarias.

1.2. Tribus o clanes.

Por lejos que remontemos en la historia profunda del hombre, por todas partes encontraremos que los hombres vivían ya en sociedades, en grupos semejantes a los rebaños de los animales superiores. El desarrollo de estas instituciones llevó a estas sociedades hasta la organización del grupo (o clan), que, a su vez, tuvo un desarrollo prolongado antes de que pudiera aparecer los primeros visos de la familia polígama o monógama. De este modo, fueron las *sociedades*, bandas, clanes y tribus – y no la familia – las primitivas formas de organización de la humanidad y sus antecesores más antiguos.

En muchas de esas tribus salvajes que destacó el autor. se práctica el comunismo primitivo. Las distribuciones de la riqueza parecen haberse convertido en costumbre arraigada entre los esquimales y se practican anualmente en una época determinada, después

de realizar una exhibición de todo lo que ha sido obtenido durante este año. Se trata, por lo que parece, de una tradición muy antigua que surgió a la par que la riqueza personal, y serviría como medio para restablecer la equidad entre congéneres cuando esta se veía mermada por el enriquecimiento de sujetos individuales.

El autor ruso no olvida los actos deleznable que cometieron esas sociedades, como el infanticidio y el parricidio, pero hace énfasis en otra macabra costumbre: la costumbre de la venganza de sangre. Todos los salvajes están convencidos de que la sangre vertida debe ser vengada por sangre. Tal es la idea de justicia de los salvajes, idea que hasta ahora se conserva en la Europa occidental, por ejemplo, con respecto al homicidio. Cuando el ofendido y el ofensor pertenecen a la misma tribu, no hay mayor problema: la tribu y las personas afectadas resuelven por sí mismas el problema. Sin embargo, cuando el delincuente pertenece a otra tribu, y esta tribu rehúsa dar satisfacción, entonces la tribu ofendida se encarga de la venganza.

Los hombres primitivos conciben los actos particulares como asunto de toda la tribu, que dependen de la aprobación de todos, y por ello estiman responsable a toda la tribu de los actos de cada uno de sus miembros. Debido a esto, la venganza puede caer sobre cualquier miembro de la tribu a la que pertenece el ofensor. Pero a menudo sucede que la venganza sobrepasa la ofensa; es por ello que los primitivos legisladores establecieron muy cuidadosamente los límites exactos del desquite: ojo por ojo, diente por diente y sangre por sangre ¡Pero no más! Esto sería una institución legal primigenia.

Los salvajes contemporáneos a Kropotkin, y los más antiguos, mostraban costumbres sociales y un espíritu comunal. Por eso Darwin tuvo perfecta razón cuando vio en las cualidades sociales de los hombres la principal fuerza activa de su desarrollo máximo. El hombre primitivo, dice Kropotkin, no puede ser considerado como ideal de virtud ni como ideal de “salvajismo”; pero tiene una cualidad elaborada y fortificada por las mismas condiciones de su dura lucha por la existencia; identifica su propia existencia con la vida de su tribu. Toda su conducta (la de los hombres primitivos) está regulada por una amplia serie de reglas de comportamiento no escritas, que son fruto de su experiencia general, acerca de lo que debe considerarse bueno o malo; es decir beneficioso o pernicioso para su propia tribu.

Absurdas o no, el salvaje obedece prescripciones del derecho común, por muy embarazosas que puedan resultarle. Dentro de una tribu todo es distribuido en común; cada trozo de alimento, como hemos visto, se reparte entre los presentes, incluso encontrándose en la soledad del bosque, un salvaje no empieza a comer sin haber gritado tres veces una invitación a compartir con todo aquél que pudiera oírle.

Dejando de lado las ideas preconcebidas de la mayoría de los historiadores y su evidente predilección por los aspectos más dramáticos de la vida humana, Kropotkin observa que los propios documentos en los que se basan suelen exagerar la parte de la vida humana que se entregó a la lucha y no aprecian debidamente las costumbres pacíficas de la humanidad. Después de haber oído tanto sobre lo que dividía a los hombres, piensa Kropotkin, debemos reconstruir piedra a piedra las instituciones que los unían.

1.3. Comunas aldeanas.

Las familias separadas desintegraron la institución del clan y la tribu. Debido a esto, los barbaros se enfrentaron a esta disyuntiva: dejar que su clan se disolviese en grupos de familias separadas, de entre las cuales las familias más ricas - especialmente aquellas en las que las riquezas estaban unidas a las funciones del sacerdocio o a la gloria militar - impondrían su autoridad sobre las demás; o bien buscar una nueva forma de estructura social fundada sobre un nuevo principio. Las tribus más enérgicas no se dividieron y salieron de la prueba elaborando una estructura social nueva: *la comuna aldeana*, que las mantuvo unidas durante los quince siglos siguientes, o quizás más.

El “bárbaro” imaginario, es decir, el hombre que lucha y mata a los hombres por mero capricho, existió tan poco como el “sanguinario” salvaje de algunos cuentos y novelas. El bárbaro comunal, por el contrario, sometía su vida a toda una serie de instituciones plagadas de cuidadosas consideraciones sobre qué puede ser útil o nocivo para su tribu o su confederación. El procedimiento jurídico estaba imbuido del mismo espíritu.

En sus ideas de justicia, los bárbaros no se alejaron mucho de los salvajes. También, dice Kropotkin (2020) aplicaban la ley de la sangre por sangre (p. 175). En todo caso, el rasgo predominante de la justicia de los bárbaros es, para Kropotkin (2020) por una parte, el intento

de limitar la cantidad de personas que pueden ser arrastradas a una guerra de clanes por causa de la venganza de “sangre por sangre y herida por herida” sustituyéndola por un sistema de indemnizaciones al ofendido (p. 176). Estos hechos demuestran que nunca fueron sádicos.

Kropotkin (2020) hace énfasis en una costumbre de las antiguas comunas aldeanas: la ampliación gradual del círculo de personas ligadas por vínculos de solidaridad. En el periodo al que nos referimos, no solo las clases se unieron en tribus, sino que, a su vez, las tribus, aun siendo de orígenes distintos se unieron en federaciones y confederaciones. (p. 179).

1.4. Gremios.

Después de las comunas – aunque éstas seguían existiendo, y eran vigorosas – los gremios pasaron a ser la institución par excellence de la ciudad medieval. A pesar de que había disputas entre grupos, los clanes o tribus eran pacíficas y ejercían el apoyo mutuo. La guerra de todos contra todos no era la regla general y si había acciones violentas, éstas eran ejercidas por un grupo dedicado al negocio de la guerra; eran “hermandades de hombres inquietos” y se hacían llamar *los scholae*. Mientras estos belicosos libraban sus batallas, las masas populares seguían realizando sus labores sin mayor problema. El desarrollo de aquellas comunas, tuvo avances en temas de posesión de la tierra y métodos de cultivo, justicia - se desdeñó la venganza de sangre y se prefirió la compensación por injurias -, el aprendizaje de nuevos oficios, fortificación de sus aldeas con empalizadas y torres que dejaron después en manos de los que empezaron a hacer de la guerra un oficio.

El pacifismo de aquellas sociedades permitió de algún modo, según Kropotkin, la dominación de los caudillos militares sobre ellos. El modo de vida de las hermandades ofrece mayores riquezas que la de los agricultores o labradores de tierras. Las hermandades impulsaban a poblaciones vagantes a que se asentarán en una zona y desarrollasen la agricultura y la ganadería, para poder dominarlos. Después de las malas cosechas, inundaciones y fiebres, cuando los pioneros comenzaban a rembolsar sus deudas, se convertían en ciervos de los protectores del territorio.

A juicio de Kropotkin (2020), el feudalismo, a pesar de que sometió a las comunas aldeanas a la servidumbre y se apropió de algunos de sus derechos más preciados, no logró destruir aquella muestra de apoyo mutuo (p. 208). De hecho, los campesinos conservaron dos derechos comunales fundamentales: la posesión comunal de la tierra y la jurisdicción propia. Ese valioso derecho de auto jurisdicción, que implicaba el derecho a la administración y legislación propia, se conservó en medio de todas las guerras y conflictos. (p. 209). Ante las amenazas de los pueblos invasores, los aldeanos comenzaron a fortalecer sus poblaciones con muros de piedras y fortines. Había nacido la ciudad medieval.

Se necesitaba, además de la comuna aldeana, una nueva unión que sirviera como unidad de pensamiento y acción y gran capacidad de iniciativa a las ciudades medievales: ésta fue el gremio. Organizaciones semejantes brotaban allí donde hubiera un grupo de hombres unidos por alguna actividad común: cazadores, comerciantes, viajeros, constructores o artesanos. Estas uniones surgían con el propósito de realizar un proyecto en común, y los lazos de los gremios eran mucho más estrechos, aunque fueran temporales (hasta que el objetivo fuese cumplido).

1.5. Ciudad medieval.

El gremio, gracias a su facilidad para satisfacer la necesidad de unión, debió crecer y expandirse. El problema radicaba en encontrar una forma de permitir que las federaciones de gremios se unieran entre sí sin afectar a las federaciones de comunas aldeanas, uniendo a unas y todas en un conjunto armonioso. La forma adecuada era la ciudad medieval y cuando se generaron las condiciones para que estas ciudades afirmaran su independencia (tal vez de los señores feudales), se hizo con una unidad de pensamiento admirable. La ciudad se organizaba como una federación noble de pequeñas comunas aldeanas y de gremios.

Así, la ciudad medieval era una federación doble: de todos los jefes de familia reunidos en pequeñas con federaciones territoriales – calle, parroquia, koinets -; Y de individuos unidos en gremios por un juramento común, de acuerdo con sus profesiones. La primera federación era fruto del origen comunal de la ciudad, mientras que la segunda obedecía al crecimiento subsiguiente provocado por las nuevas condiciones. El objetivo

principal de la ciudad medieval era asegurar la libertad, la administración propia y la paz; Y la base social de la vida en la ciudad, como veremos en seguida al hablar de los gremios artesanos, era el trabajo – los hombres se unían con base en las profesiones que desempeñaban –. Otro principio fundamental era proveer la necesidad común de alimentos y habitación para los pobres y ricos, pues se comprendía que era necesario garantizar el consumo para que la producción fuera posible.

No cabe duda de que la protección de la que habitualmente gozaban en todas partes los mercados, ya desde las primeras épocas bárbaras, desempeñó un papel importante, si bien no exclusivo, en la emancipación de las ciudades medievales. El mercado tenía una condición de inviolabilidad tenía una protección especial de todos los grupos.

Todas las comunas aldeanas cayeron gradualmente bajo el yugo de algún señor laico y eclesiástico. Y todos los prados, campos, ríos y caminos que rodeaban la ciudad, incluso todo hombre sobre la tierra, estaban bajo la autoridad de algún señor feudal. (p. 247). El odio a los burgueses contra los terratenientes feudales halló una expresión muy precisa en algunas cartas que obligaron a firmar a sus antiguos señores. En la *coutume*, es decir, ordenanza de la ciudad de Bayona, aparecen estas líneas: el pueblo es anterior al señor. El pueblo, que sobrepasa por su número a las otras clases, deseando la paz, creó a los señores para frenar y reprimir a los poderosos.

La característica más destacable de las ciudades libre, según el criterio de Kropotkin, es el elevado nivel de excelencia de su arte, sobre todo de la arquitectura, que la considera un “arte social” (p. 257). De hecho, Kropotkin cree que el apoyo mutuo se logra ver en el arte (pp. 258). La grandeza de la arquitectura medieval radicaba en que la ciudad que construían las personas con diversos oficios significaba para ellos la grandeza de la ciudad victoriosa, los sentimientos de cada ciudadano y sobre todo el orgullo del pueblo por su propia creación (p. 259). La ciencia también tuvo un gran avance. A pesar de que no propuso nuevos principios, o lo que en lenguaje de Tomas Khun sería los paradigmas, allanó el camino para que sus descendientes realizaran sus descubrimientos, por ejemplo, los aportes de la inducción a la mecánica y a la física.

Gracias a la desigualdad que provocaron los burgueses o comuneros, el modelo de ciudad que tan exitosamente había logrado un pleno avance en las condiciones de vida de las

personas no se iba a expandir tanto como debió hacerlo para no desaparecer. La ciudad fue envilecida por las costumbres feudales que empezaron a circular cuando los señores feudales comenzaron a instalarse en las ciudades. Esta paz fue lograda gracias al reconocimiento, por parte de la burguesía, de los derechos sobre los campesinos que reclamaban los señores feudales.

La verdadera razón de la decadencia de las ciudades medievales fue el cambio de paradigma, es decir, la elección de otras ideas o principios fundamentales, que habían sido postulados por los jurisconsultos y, que daban forma al Estado militares centralizados. Dejaron de lado el principio federal, la fe en sus fuerzas creativas, el reconocimiento de la libertad y del autogobierno, además de la creación del cuerpo político desde lo más simple, hasta lo más complejo; ideas que tuvieron mayor esplendor en el siglo XI.

Kropotkin piensa que cada vez que la humanidad debe adaptar su organización social a una nueva fase de desarrollo, su genio creativo se inspira en la inclinación a la ayuda mutua. Para él, el progreso gradual del ser humano es una mera extensión de los principios de la ayuda mutua, desde la tribu hasta los más amplios agrupamientos, hasta que abarquen toda la humanidad. Después del fracaso, anteriormente comentado, de la ciudad medieval, los movimientos de los husitas y la reforma trataron, basados en “la ayuda y apoyo mutuos”, de reconstruir el tejido social con un ideal de vida en las comunas fraternales libres. También, muchas personas empezaron a ingresar en las hermandades comunistas, “creando numerosas y florecientes poblaciones fundadas en los principios del comunismo”.

Durante los tres siglos siguientes, los Estados aniquilaron a “las instituciones que manifestaba la tendencia de los hombres al apoyo mutuo”. Esta destrucción fue proceso en el que el Estado despojo a los gremios y las comunas aldeanas de sus funciones, como las asambleas comunales, jurisdicción propia y administración independiente, tierras, etc. También comenta que la industria, las artes y el conocimiento se estancaron. Todo eso sucedió porque “la educación política, la ciencia y el derecho se sometieron a la idea de centralización estatal” (Kropotkin, 2020, p. 274). Los Estados, entonces, no debían permitir uniones o asociaciones libres, separadas e independientes de ciudadanos, además de las establecidas por el Estado y sometidas por él.

Por todo lo anterior dicho, triunfa ahora – según las percepciones de Kropotkin sobre los tiempos en que vivió – un nuevo principio moral que choca, fuertemente, con el principio de la ayuda mutua: “cada uno puede y debe procurarse su propia felicidad, sin prestar atención a las necesidades ajenas”. Hombres de ciencia, predicadores, políticos, etc. Piensan que “ese individualismo es la única base segura para el mantenimiento de la sociedad y su progreso”.

En las sociedades contemporáneas a Kropotkin, las comunas aldeanas siguen existiendo, pese a quisieron acabar con ella. Según algunos teóricos, que Kropotkin caracteriza como economistas burgueses y algunos socialistas, la comuna aldeana fracasó de forma natural, debido a que la posesión comunal de la tierra es incompatible con “las exigencias contemporáneas del cultivo de la tierra”. Pero la comuna aldeana no desapareció naturalmente, como lo aducen estos teóricos, sino que las clases dirigentes implementaron una serie de medidas claves para “desarraigar la comuna y confiscar las tierras comunales”. A pesar del despojo de tierras y la absorción de funciones sociales por parte del Estado, los campesinos todavía contaban con sus instituciones comunales, como, por ejemplo, la asamblea comunal campesina, conformada por jefes de familia y con poder para dividir las pocas tierras que les quedaban entre la comuna, “fijar los impuestos y elegir la administración comunal.

1.6. Uniones obreras y asociaciones de cualquier tipo.

Cuando las ciudades medievales, en el siglo XVI fueron sometidas por los nuevos Estados militares, las instituciones de artesanos, maestros y mercaderes, o sea los gremios y las comunas ciudadanas fueron aniquiladas violentamente. Algunas sobrevivieron, pero ya no tenían la misma fuerza. Pero, a pesar de este fracaso, nacen nuevas asociaciones, como la unión obrera, que será centro de análisis en el estudio de las instituciones de la modernidad. Éstas aparecieron en el siglo XVIII. Los Estados y los empresarios querían evitar la unión de los trabajadores a toda costa, y por eso impulsaron leyes que prohibían la unión de los obreros, que es una abstracción de la necesidad innata de unirse y apoyarse mutuamente con fines específicos.

Sin embargo, las uniones obreras no son las únicas formas de ayuda mutua que existían en los tiempos del autor, pues también estaban las asociaciones políticas cuya acción, según consideran muchos obreros, conduce mejor al bienestar público que las uniones profesionales que en la actualidad suelen limitarse a sus fines específicos (Kropotkin, 2020, p. 321). Todo gran movimiento político, según Kropotkin, surge a partir de un objetivo amplio y lejano, y todo movimiento poderoso provoca el entusiasmo más desinteresado; el socialismo es un ejemplo de ello, según Kropotkin.

El cooperativismo se muestra de diferentes maneras en Inglaterra: ejemplos podría ser las sociedades amistosas de apoyo mutuo, las logias de protección, los clubs de las aldeas y las ciudades para sufragar la asistencia médica, etc. (más ejemplos, se pueden encontrar en, Kropotkin, 2020, p. 326). “El día a día de la clase trabajadora de Inglaterra está impregnada de tales prácticas”. Existen tantas uniones de ese tipo, en las que se pueden extraer de ellas claros ejemplos de formas de apoyo mutuo. Toda asociación, unión, club o sociedad que se dedican al disfrute de la vida, la investigación, el estudio, etc., es, desde la perspectiva del autor, “la manifestación de la misma fuerza eternamente activa que incita a los hombres a la asociación y al apoyo mutuo”. Kropotkin menciona, haciendo énfasis, en las sociedades científicas, literarias, artísticas y educativas. Las sociedades caritativas son una inclinación de los hombres a la ayuda mutua, por más que estén revestidas por el ideal religioso de la caridad promovida por la iglesia.

2. Moral: su origen y evolución hacia una concepción anarquista.

Los avances de la ciencia en el siglo XIX llevaron a Kropotkin a creer que la moral no debía basarse en supersticiones metafísicas, sino en los resultados investigativos de las ciencias naturales, pues para él, el hombre “puede encontrar sus ideales en la Naturaleza misma y en el estudio de esta hallar las fuerzas necesarias” (p. 41)

Kropotkin cree que el mejoramiento de las condiciones de la ciencia y de la vida en general es una razón muy importante para, por fin considera él, conseguir la felicidad de un pueblo o nación sin tener que oprimir a otros.

Sin embargo, lo que él denomina como ciencia ética, que trata de los principios fundamentales de la moral, no ha tenido el mismo avance que las ciencias naturales, y su esperado desarrollo ha sido reprimido por el yugo de la *mística metafísica* (p. 43) – como lo denomina Kropotkin –. Para superar aquellos obstáculos, la ética debe fundamentarse en la filosofía y la ciencia contemporánea, que precisamente, ya ha roto con aquel pasado oscurantista.

(Es menester aclarar que, para el autor, filosofía y ciencia vienen siendo dos caras de la misma moneda. Es decir, se deben comprender como sinónimos en algunas ocasiones).

El poco éxito de las teorías morales esgrimidas por grandes filósofos, que repasó Kropotkin y va a repasar a lo largo de su trabajo, le llevó a que se volvieran a retomar aquellas teorías metafísicas y supersticiosas que tanto criticó nuestro autor.

Esta desconfianza en la ciencia y la vuelta al idealismo se debe, entre otras razones, a que el hombre no se conforma con saber de dónde viene nuestro sentimiento moral - que según Kropotkin (2021), se origina en los instintos sociales más básicos -, sino que “las gentes quieren encontrar una base que les permita comprender la esencia del sentido moral” (p. 50). Dicho en un lenguaje más claro, lo que le interesa a la persona, según el autor, es conocer el contenido de una ética: sus principios fundamentales, sus preceptos básicos, sus directrices más importantes, su finalidad máxima:

“El principal problema de la Ética realista contemporánea consiste, por lo tanto, como afirma Wundt en su Ética, en definir, ante todo, la finalidad moral a la que aspiramos. Esa finalidad o finalidades, aun las más ideales y lejanas en su realización, deben en todo caso, pertenecer al mundo real” (Kropotkin, 2021, p. 51)

Una de esas teorías, la de Darwin, decía que en la naturaleza se vivía una lucha por la existencia, en la que los más débiles eran exterminados por los más fuertes y que, por lo tanto, de ella solo podía florecer el mal; sin embargo, los continuadores de esta teoría se enfrentaron con un problema de contradicción, pues si eso fuere así, el hombre no tendría ningún concepto de bien y ningún hombre habría de depositar su fe en aquella idea. Por ello, si el naturalista quería seguir con su argumento, debía aceptar que la influencia del bien es

externa, pues en su naturaleza el mal siempre prevalecerá sobre el bien, lo cual termina siendo una perspectiva metafísica de la ética. Es por eso que el mismo Darwin desestima la interpretación que realizaron Huxley, entre otros, sobre su teoría, afirmando que, en la naturaleza, además de la lucha mutua, podemos ver el apoyo mutuo en una misma especie, factor más importante para su conservación y desarrollo. Ese apoyo mutuo se convirtió, con el tiempo, en un instinto permanente de todos los animales con capacidad de comunicación y se presenta, más asiduamente, que el instinto de lucha. Aquel instinto social, es para Kropotkin (2021) – siguiendo las ideas de Darwin – <<el rudimento de la consciencia moral>> (p. 55). <<sobre esta base se desarrolló el sentimiento, ya más elevado, de la justicia y de la igualdad, y más tarde lo que conocemos con el nombre de *espíritu del sacrificio*>>. (cursivas del original)

2.1. Fundamentos de una nueva ética.

Del estudio que hace Kropotkin sobre la naturaleza y su historia, saca una conclusión, la cual versa sobre la existencia de dos aspiraciones: la aspiración a la comunidad y la aspiración a una vida más intensa; es decir, hacia una mayor felicidad del individuo y su más rápido progreso físico, moral e intelectual. Esta doble aspiración constituye “el rasgo característico de la vida en general” (p. 60). “Es una ley de la naturaleza”. La ciencia, entonces, no mina las bases de la ética, sino que le da “un contenido concreto” (p. 60)

Se cree que la ciencia no puede darnos alguna pista sobre cuál es el principio moral adecuado para comportarnos bien, sino solo llenarnos de verdades frías. Sin embargo, La noción de ayuda mutua, que encontró Kropotkin al estudiar la historia de los seres vivos, es una verdad científica – según los estándares de la época – que sí inspiraría la formación de una ética. Aquellos principios claves para el hombre – “espíritu de sacrificio para la defensa de sus semejantes, infinita afección paternal, etc. – surgieron gracias al ejemplo de los animales que vivían en comunidad. El carácter intelectual de la época también influye en las concepciones morales.

Lo necesario para la ética, según Kropotkin (2021), es conseguir una base filosófica – o científica – fuerte que logre una “síntesis, una generalización” (p. 63) entre dos sentimientos básicos del hombre:

“De estos sentimientos unos empujan al hombre a someter a los demás para satisfacer sus fines personales, mientras que otros lo empujan a unirse con los demás para alcanzar en conjunto ciertas finalidades. Los primeros corresponden a la necesidad fundamental de lucha que siente el hombre, mientras los segundos corresponden a una necesidad también fundamental: la de unión y compasión mutuas. (...) Nos encontramos, pues, con que la tarea principal de la ética consiste ahora en ayudar al hombre a resolver esta contradicción fundamental” (p. 63)

La búsqueda de este ideal es para Kropotkin aún más importante si tenemos en cuenta de que las doctrinas religiosas no son suficientemente convincentes para desarrollar en el hombre el sentido del deber o de la obligación moral; dicho con otras palabras, las doctrinas religiosas no logran hacer cambiar las actitudes y comportamientos de los hombres. Kant, con su imperativo categórico, trató de hallar una regla que cumpliera con el cometido anteriormente expresado, sin tener que usar un argumento supremo – metafísico, supersticioso, etc. –, sin embargo, su trabajo no dio los frutos esperados (ver p. 64 y 65 donde se habla de la contradicción entre la utilidad social de su ley y la crítica de Kant al utilitarismo)

La ética que propone Kropotkin – y que llama ética empírica, seguramente porque proviene del acto de observación por parte de los humanos hacia los animales – no quiere oponerse a otras concepciones morales como la de la religión y sus conceptos de deber como obligación, aunque la moral si tienen un carácter de compulsión. Por ello Kropotkin separa dos tipos de sentimientos y hechos que denomina altruistas: hay unos que son necesarios para vivir en sociedad, son recíprocos y tienen en cuenta el interés propio; los otros no son recíprocos, pues quien los hace no espera nada a cambio y no son obligatorios. Para no incurrir en errores, no se deben mezclar los asuntos de la ética con los del derecho, pues los de la primera son superiores; ante todo, lo que le interesa a la ética es esclarecer los principios

fundamentales para vivir en sociedad, destacar los instintos más encomiables de los seres vivos y destacar los sentimientos y razones más importantes – amor, fraternidad, auto respeto, etc. –, y sobretodo, convencer al hombre de que si quiere una sociedad plena, debe hacerse a la idea de que es imposible vivir en sociedad sin tener en cuenta las necesidades y los deseos de los demás. La ética toma forma solo sí existe un equilibrio entre el individuo y su entorno. “debes hacer lo que quisieras que hicieran contigo” es el aforismo par excellence de los seguidores de la nueva ética.

La función de la ética es, pues, la de dar un ideal omniabarcativo, es decir, que cubra a todos y cada uno de los hombres, para guiarlos en la acción:

“Así como el *ejercicio intelectual* nos acostumbra a obtener casi inconscientemente toda una serie de conclusiones importantes, también la tarea de la Ética debe consistir en crear en la sociedad una atmosfera tal que se realicen casi impulsivamente, sin vacilaciones, todas aquellas acciones que conducen al bienestar de la comunidad y a la mayor felicidad posible de cada uno” (p. 67)

Para conseguir ese ideal, es necesario desproveer a nuestras doctrinas morales de sus contradicciones, como, por ejemplo, su falsa adopción de ideales de igualdad y fraternidad; se considera que es falsa porque luego, los creadores de aquellas doctrinas, no aspiran a hacer realidad esos ideales y afirman que estos no tienen un sentido literal, adoptando después la concepción de la naturalidad de la desigualdad.

Para Kropotkin (2021) existe una condición básica que toda teoría moral debe aspirar a tener: hay que evitar convertir al individuo en esclavo, aunque la razón para hacerlo sea la felicidad de la comunidad o el bien supremo. No está demás decir que los mayores entusiastas de esta condición estaban pensando solamente en el ámbito económico, por lo que, en el ámbito político o estético no había las mismas reivindicaciones. Esta noción, dice Kropotkin (2021), no convence a los filósofos contemporáneos que tratan el tema de la moral, pues para ellos – sobretodo Nietzsche, dice Kropotkin – la moral debería ir encausada por un deseo de autonomía individual que permita construir una sociedad mejor, en la que haya un mayor bienestar para todos y que ésta sea la base para el completo desarrollo de la

personalidad humana. El apoyo mutuo y la sociabilidad, según Kropotkin (2021), constituyen la base de una nueva doctrina moral:

“Existen ya los elementos para una nueva concepción de la moral. La importancia de la sociabilidad y del apoyo mutuo en la evolución del mundo animal y en la historia del hombre puede, a mi juicio, ser aceptada como una verdad científica establecida y libre de hipótesis” (p. 71)

Como vemos, las ideas que sacó en limpio Kropotkin de sus observaciones son la esencia de su nueva moral empírica, que no recurre a subterfugios esotéricos o maquinaciones metafísicas, sino simple y llanamente a sus teorías biológicas. La práctica recurrente de estos principios lleva al humano a concebir la justicia y la igualdad, que son conceptos clave para la formación de la moralidad, todos ellos instintos de conservación.

2.2. El principio moral en la naturaleza.

La obra de Darwin, según Kropotkin, no se reduce a la biología, sino que abarca la filosofía y la moral. Al igual que Hobbes, Hume y Kant, el autor del Origen de las Especies inauguró una nueva escuela ética, basada en un postulado científico: el sentido moral es natural a los animales y humanos. Para Darwin el sentimiento de moralidad proviene de nuestros instintos sociales, que se ven también en los animales.

A diferencia de Darwin, quien creía que los instintos sociales provienen de los instintos paternos o filiales – aunque luego se contradijo, afirmando que estos tenían un carácter especial – Kropotkin (2021), piensa que los instintos sociales se desarrollan a la par que los instintos paternos o filiales gracias a la selección natural, si bien los segundos pueden ser más antiguos.

Mientras que Kant, afirma Kropotkin (2021), no puede resolver el problema de la conciencia moral - ¿por qué debería obedecer? – con su razón pura, Darwin da una respuesta más certera, pues propone que el hombre, a pesar de que puede actuar en contra de su comunidad por un beneficio individual, su instinto social se terminará imponiendo, ya que

tiene mayor importancia porque es más útil para la conservación de la especie. La consciencia moral adopta la forma de la vergüenza, la cual es muy útil para que el individuo vergonzante adopte los preceptos morales más fácilmente, y puedan poner “cada vez más de acuerdo los deseos y las pasiones individuales con los instintos y las simpatías sociales” (p. 86)

Después de examinar las costumbres sociales desde dos horizontes diferentes: el de los instintos heredados y el del conocimiento sobre la ética que obtuvieron nuestros antepasados de la observación a los animales, Kropotkin (2021) llega a la conclusión de que el instinto más importante del hombre – el apoyo mutuo – para el desarrollo progresivo de la especie, también es la base de las disposiciones éticas del hombre. El hombre tomó de ejemplo a un sinnúmero de animales que vivían en comunidad y se comportan de manera solidaria y empática entre ellos para meditar cuál sería la mejor forma de actuar, además de inspirarlos en sus primeras expresiones artísticas.

Para Kropotkin el concepto de justicia, muy importante para el desarrollo de la moral, proviene de las observaciones sobre el mundo animal que hicieron los salvajes. Según la opinión del autor, aquella idea puede venir de la noción de venganza, sobretodo del animal que la ejerce contra el hombre cuando recibe malos tratos.

El autor ruso concluye que, en la identificación del individuo con la colectividad, la totalidad, la sociedad, o como quiera llamársele, está el origen del todo pensamiento ético. Esto puede ser cierto si pensamos que el hombre solitario no necesita de una ética, puesto que no necesitaría conocer cuál es la mejor forma de actuar, ya que cualquier forma que elija será válida pues independientemente de las consecuencias, su acción no afectará a nadie.

2.3. Noción de la moral desde el anarquismo kropotkiniano.

El autor se propone, después de exponer sus consideraciones sobre el origen de la moral en los hombres, esbozar su concepción sobre la ética o moral enmarcada en el pensamiento anarquista. Primeramente, Kropotkin realiza una crítica a los presupuestos morales de su tiempo, para poder esbozar, sin ánimos de ahondar profundamente en aquellas aguas turbulentas, los preceptos de la moral anarquista. Para él, el hombre puede – y de hecho lo hace – contrariar la moral imperante, para poder establecer una moral liberadora, pero el

poder de los que lo detentan logra dominarlo y adoctrinarlo, haciendo que su naturaleza se mantenga servil. Aun así, para Kropotkin, la revolución puede seguir su curso pese a los obstáculos antes mencionados y la cuestión de la moral, en ese estado revolucionario, se vuelve impostergable:

“Y, a cada momento, la cuestión de la moral se pone sobre el tapete. ¿Por qué seguiré yo los principios de esta moral hipócrita? –se pregunta el cerebro emancipado del terror religioso–. ¿Por qué determinada moral ha de ser obligatoria?” (Kropotkin, 2014, p. 109)

Para el autor, la crítica es precisamente el acicate del progreso moral de la sociedad. Sin crítica, el hombre adoptaría sin chistar las normas morales impuestas por los poderosos, y no podría avanzar en el camino de una nueva moral más libre y elevada, según el criterio del autor. Y es que el mundo burgués del siglo XVIII, que estaba dominado por restricciones morales fuertes, vive, de hecho, rodeado de las pasiones más viles. Debido a ese estado de la moral en la que se encontraba sometida la sociedad contemporánea de Kropotkin (2014), muchas corrientes y escuelas filosóficas desarrollarían varias críticas a la moral imperante de ese tiempo: utilitaristas, anarquistas, racionalistas, nihilistas, etc., todos ellos con el propósito de responder a una sola pregunta: *¿Por qué seré moral?* (p. 110)

Kropotkin responde a esta pregunta, primeramente, explicando que la satisfacción del placer es lo que mueve al hombre a actuar. Independientemente de la acción del hombre – sea considerada como buena o mala por los demás – la consecución de placer es la inspiración de aquel acto, por lo que un hombre que roba a un niño y uno que regala su ropa a los desamparados actúan bajo el mismo instinto: la búsqueda del placer; el sujeto que decide actuar de buena manera, lo hace porque en esa forma de actuar encuentra el placer que tanto lo reconforta y aleja del dolor que lo repugna. Por ello, todo acto del hombre, dice Kropotkin inspirado en la filosofía materialista, obra siempre obedeciendo una necesidad de su naturaleza (p. 117)

Sin embargo, esto no significa que las acciones del hombre sean indiferenciables. Debido a que los argumentos religiosos sobre lo bueno y lo malo, hace tiempo estaban

agotados, Kropotkin (2014) decide fundamentar su nueva moral en preceptos naturales: para él, lo bueno es lo útil para la conservación de la especie y lo malo lo nocivo para ésta (p. 123). Estos dos principios no se presentan única y exclusivamente en el hombre, sino que se logran ver en los animales; de ahí es de donde proviene los ejemplos más claros de la moralidad. Esto significa que la moral no pertenece solo a la humanidad, pues en los animales también existen sentimientos morales. Por ello, Kropotkin concluye que las doctrinas éticas filosóficas y teológicas no tienen mucho sentido, pues la moral es natural a los seres vivos y no una invención racional. Kropotkin (2014) propone, entonces, un principio moral que, según él, es el resultado de una larga observación de los actos morales de los animales: *haz a los otros lo que quieras que ellos te hagan en iguales circunstancias* (p. 125)

Ahora bien, para nuestro autor, el origen de la moral es un sentimiento moral: la simpatía, y éste se encuentra, también, tanto en animales como en humanos:

“Veis que un hombre pega a un niño; comprendéis que el niño apaleado sufre; vuestra imaginación hace sentir en vosotros mismos el mal que se le inflige, o bien sus lloros, su compungida carita os lo dice; y, si no sois un cobarde, os arrojáis sobre el hombre que le pega al niño, se lo arrancáis a la fuerza” (Kropotkin, 2014, p. 127)

Ese sentimiento de simpatía o solidaridad es vital para la conservación de la especie, ya que lleva a los animales y, en especial a los humanos, a prestarse ayuda mutua para desarrollar cualquier acción necesaria para su existencia: para la caza, la protección, la compañía, etc. Los seres que no desarrollen a cabalidad este sentimiento, según la opinión del autor, sucumbirán ante los demás. Por lo anterior, el autor ruso comprende que la moral, antes que ser un producto de la reflexión humana, es una necesidad básica y vital para los seres vivos.

La solidaridad, dice Kropotkin, siempre se encuentra en el ser humano, incluso en épocas dominadas por malas instituciones. Y precisamente, este sentimiento funcionaría como criterio de evaluación de aquellas instituciones que promueven la explotación y la servidumbre.

El Principio mencionado arriba: haz a los demás lo que quieres que te hagan a ti, es reconocido por el autor ruso como el verdadero principio de la igualdad, que es a su vez el principio de la anarquía; todo aquel que se considere anarquista, deberá poner en práctica aquel principio: La igualdad en las relaciones mutuas y la solidaridad que ella resulta necesariamente: he ahí el arma más poderosa del mundo animal en su lucha por la existencia. (Kropotkin, 2014, p. 132). La desigualdad, entonces, se revela como el mayor mal a combatir por parte de los anarquistas.

Pero entonces, se pregunta Kropotkin, qué hacemos con los explotadores si, siguiendo el principio esbozado, debemos actuar de la manera en la que nos gustaría ser tratados; la respuesta, para él es sencilla, pues aquellos – los explotadores, los dominantes, etc. – son violentos con el pueblo, por lo que el derecho a actuar con violencia por parte del pueblo queda plenamente justificado, puesto que ellos ya se ganaron el derecho a hacerlo, ya que nunca en su vida han actuado como la minoría que detenta el poder, es decir, solo se están quitando de encima las cadenas que le han sido impuesta por parte de los poderosos.

Para que el ser humano logre desarrollar toda su moralidad, para que pueda llevarla hasta el nivel más alto de la evolución ética, es necesario según Kropotkin, desembarazarnos de un montón de instituciones – Estado, iglesia, etc. – que precisamente impiden el avance de nuestra condición moral. Podemos ver que Kropotkin concibe a las instituciones centrales como negativas, un mal a superar, mientras que deposita toda su confianza en la iniciativa de hombres que conforman el pueblo, es decir, que no hacen parte de institución alguna; los sentimientos morales se podrán desarrollar mejor en un ambiente anárquico, descentralizado, sin ninguna ley que provenga del Estado, etc. La naturaleza humana, afirma Kropotkin (2014), se degrada si vive en una sociedad dominada por la explotación (p. 139). Solo podremos disfrutar de una moral plena, determina Kropotkin (2014), cuando deje de ser una obligación por parte de las instituciones y pase a ser una relación entre iguales (p. 140)

Pero, según Kropotkin (2014), además de la igualdad, es necesario otro principio que resulta ser, incluso, más beneficioso para la sociedad: el principio del sacrificio, o dar más de lo que se tiene sin esperar nada a cambio (p. 144). Si existe un hombre que cuenta con exceso de fuerza, energía, dinero, tiempo o demás atributos humanos, éste debería dar de sí mucho más de lo que da un sujeto con atributos menores, siempre sin contemplar una

retribución futura; esto debería plantearse como un deber, pues si él sabe que puede dar más de sí que los demás, conoce, intuitivamente, lo que debe de hacer para con la sociedad: ofrecer su exceso de vida al que apenas puede sobrevivir. El príncipe anarquista lo deja bastante claro en *La moral anarquista*:

“(…) Aquellos, en fin, preparan la moralidad del porvenir: la que vendrá cuando, cesando de contar, nuestros hijos crezcan con la idea de que el mejor uso de toda cosa, de toda energía, de todo valor, de todo amor, está donde la necesidad de esta fuerza se siente con mayor viveza (Kropotkin, 2014, p. 144)

Este principio responde a la necesidad innata del hombre a ayudar a los demás, a apoyarse mutuamente, idea básica para entender el pensamiento de Kropotkin. La moralidad es el resultado del instinto innato de los hombres y los animales a ayudarse entre sí para conseguir el fin máximo: la conservación de la especie, y en un estadio más pequeño, la preservación de la sociedad en la que se vive. Ese es el verdadero significado de vida buena para Kropotkin; su ideal de virtud, por decirlo de forma acotada.

3. Derecho y Política: origen y evolución de los conceptos hacia una visión anarco-comunista.

3.1. Concepción del derecho en Kropotkin.

La moral y la política están imbricadas con el derecho, por ello el filósofo ruso Piotr Kropotkin se preguntaba cuál era la filosofía del derecho del anarquismo, la corriente del pensamiento político, filosófico e ideológico que profesaba. Primero hay que decir que para él los fundamentos metafísicos del derecho estaban agotados; la filosofía jurídica debía tener una base naturalista, es decir, biológica. Las ciencias de la naturaleza deberían ser, para Kropotkin, la piedra angular de las nuevas teorías del derecho.

Kropotkin concibe el anarquismo como una teoría social, en la que se apoya la idea de una sociedad sin Estado que está organizada, no por el mandato de la ley o la fuerza de la

autoridad, sino por acuerdos libres entre personas y grupos territoriales o profesionales, creados para la producción y el consumo – satisfacción de las necesidades –. Su aversión al Estado se debe a que piensa que éste es un instrumento de dominación de una pequeña minoría. El objetivo de su propuesta, para Kropotkin (1977) es la consecución de la libertad, virtud definida como: el pleno desarrollo de las potencias, intelectuales, artísticas y morales, sin trabajar agotadoramente (p. 123). Este objetivo no es un sueño imposible de cumplir, simplemente es la conclusión del desarrollo humano y tecnológico de siglos de historia.

Su posición política puede ser enmarcada desde el comunismo libertario, o anarco-comunismo, caracterizado por defender la libertad económica y política del ciudadano, pero Kropotkin (2021) consideraba que aquellas libertades no se conseguirían en un mundo desigual, donde no se garantizase a los miembros de la sociedad un mínimo de bienestar producido en común (p. 7). Por ello, para él, el hombre puede ser libre solo si la sociedad en la que vive también lo es. Más que libertad, lo que quería era igualdad, igual libertad para todos.

Como se sabe, el anarquismo, al igual que el comunismo, aboga por la abolición de la propiedad privada, pues atenta contra los principios de justicia e utilidad o efectividad, ya que el bienestar general solo se conseguiría al entregar los bienes que estaban en las manos de unos pocos al servicio de toda la comunidad. El objetivo último del anarquismo la eliminación de las divisiones de clase – entre patronos y esclavos – y la instauración de la fraternidad universal: la felicidad de la humanidad (Kropotkin, 2008, p. 33, 45)

Para entender mejor la propuesta de Kropotkin – que es el anarco-comunismo – y no confundirla con otras propuestas comunistas, debemos aclarar que el autor tenía en mente un comunismo libre, o dicho de forma más clara, descentralizado. A diferencia de los Marxistas, quienes pensaban en realizar la revolución usando al Estado, los anarquistas y anarco-comunistas veían al Estado como el mayor obstáculo de la revolución y debía ser destruido. El conflicto era el típico enfrentamiento de federalistas y centralistas, tan común en las épocas revolucionarias del siglo XVIII y XIX. Es muy clara la perspectiva de Kropotkin, quien creía en la confederación de comunas insurrectas como el proyecto socialista más prometedor.

Su posición política y jurídica proviene de sus estudios sobre las sociedades animales y humanas. Como hemos visto anteriormente, la tendencia al apoyo mutuo entre miembros de un mismo conjunto, según Kropotkin, es el factor clave para la evolución de las especies – entre ellas el ser humano –, pero, además, aquel instinto, en la especie humana, lleva a la configuración de normas básicas para la convivencia del grupo; el apoyo mutuo en las personas es fundamental para el desarrollo del derecho tribal y comunal, que sería el derecho consuetudinario tal como lo conocemos hoy en día. Kropotkin apuesta por el apoyo mutuo como factor clave para la creación del derecho, a diferencia de los hobbesianos, quienes consideran que el fundamento del derecho sería la tendencia de lucha entre todos los miembros de la sociedad, pues si esa es la verdadera naturaleza del humano que se encuentra en estado natural – si el hombre es malo por naturaleza –, entonces está plenamente justificado la creación de una autoridad que someta a las personas, con el fin de evitar que cometan actos malignos o inmorales.

Este razonamiento es errado para el autor ruso, pues en sus estudios de biología y zoología ha visto, en mayor cantidad de veces, la cooperación y la ayuda mutua, instintos superiores que sí son la inspiración de las instituciones jurídicas y administrativas más primitivas; de hecho, el sentimiento más básico y esencial para la configuración de la normatividad en un grupo o conjunto, la justicia, se desarrolla en los animales no humanos y, éstos lo heredan a la especie humana, que gracias a sus facultades mentales superiores logra actualizar ese principio en instituciones más complejas como las tribus o los clanes, las comunas y las ciudades, cada una más especializada que la anterior.

Así pues, el apoyo y la ayuda mutua y la cooperación son el fundamento esencial para el desarrollo y la constitución de las instituciones sociales – tales como el derecho y la política – desde el principio de la historia humana. Aquellos instintos serían, para el príncipe anarquista – como era llamado Kropotkin –, la inspiración de una nueva forma de organización social: el socialismo, que en Kropotkin tiene una naturaleza anárquica.

“La corriente de ayuda mutua, sin embargo, no desapareció sino que siguió su curso (“el núcleo de instituciones, hábitos y costumbres de ayuda mutua continúa

existiendo en millones de hombres”), buscando nuevas formas de expresión, que en el siglo XIX utilizó el socialismo para propagar su doctrina” (Rivaya, 2021, p 14)

Como todo anarquista, Kropotkin mostró un desprecio por el derecho de los Estados. Para él, la ley y la justicia no eran iguales, y la primera era inventada y utilizada por las minorías más poderosas para someter al pueblo. Kropotkin (2010) pone el ejemplo del contrato de trabajo, que supuestamente tiene un fin moral – evitar la explotación del trabajador – pero que consigue lo contrario: “el trabajador debe aceptar este trato, o morir de hambre” (p. 46). Como vemos, la igualdad legal no se corresponde con la igualdad real. Para el autor ruso, según Benjamín Rivaya (2021), la ley era un bello manto que ocultaba, tras de sí, el verdadero objetivo de ésta: la protección a la propiedad privada, la riqueza adquirida por la explotación del hombre por el hombre (p. 16)

Sin embargo, Kropotkin acepta que existen normas necesarias y esenciales para la vida de la comunidad, que recurrentemente son mezcladas y confundidas con las leyes de los poderosos que terminan por someter a las normas o principios morales de los pueblos. Esto es importante porque explica el doble sentido del derecho en la teorización de Kropotkin. Si la ley fue impuesta por los Estados que no siempre han existido ¿cómo se autorregulaban las relaciones de los hombres antes del Estado? La respuesta está, como se dijo más arriba, en los usos, las costumbres y los hábitos del hombre: el derecho consuetudinario.

Algunos ejemplos son: la hospitalidad, el respeto por la vida, la compasión por los más desafortunados, etc. Este era el caso de las tribus o clanes, pero en la comuna aldeana, pese a que ya no se le debía considerar como derecho consuetudinario, era estrictamente popular – no impuesto por coerción o adoctrinamiento – pues los miembros eran los que lo decidían, ya fuese en la asamblea de la tribu o comuna o en la asamblea de la confederación de tribus o comunas. Rivaya (2021), citando a Kropotkin, afirma que el mismo espíritu popular caracterizaba a la ciudad medieval, pues había logrado mantener, frente al Estado, dos derechos importantísimos: la posesión comunal de la tierra y la jurisdicción y administración propias (p. 18)

El Estado, producto histórico de las invasiones extranjeras que hicieron necesario un poder coercitivo para protegerse de los invasores, arrebataron las funciones de las antiguas

asociaciones, para que sus poderes – los que tenían las asociaciones – estuvieran en sus manos. Gracias al poder jurídico, el Estado pudo establecer las leyes, que serían de ahora en adelante confundidas con el derecho; cosa errada para Kropotkin, pues como dice Rivaya (2021), el ruso no adoptaba la concepción de derecho del positivismo legalista, ya que confunde derecho y ley, algo contrario a los anarquistas, porque si la ley fuera identificada con el derecho, éste último debía ser también repudiado por los anarquistas, ya que son enemigos del Estado, que es el autor de la ley (p. 18)

Kropotkin, por ello, está en contra del derecho legal – impuesto por el Estado – pero reivindica el derecho popular y el consuetudinario, pues su creación no se debe a una autoridad que tiene la potestad de hacerlo cumplir, sino que es creado por las condiciones materiales de la asociación en la que nace, adoptando la forma de hábitos o costumbres tribales, y además es decidido por los miembros de dichas asociaciones, en el caso de las comunas aldeanas y las ciudades medievales.

El fundamento de aquel derecho popular era, simplemente, las costumbres o mejor dicho, las normas morales que habían surgido en los animales y después en los humanos gracias a los instintos de ayuda mutua y cooperación – instintos básicos y necesarios para la evolución, basta recordar –. Aquellas normas sociales eran la evolución de aquellos instintos, y también funcionaban como un factor de evolución, pues si la asociación se mantenía con vida, y los miembros de ésta seguían viviendo en comunidad, éstos tendrían la posibilidad de no sucumbir ante el hambre o la espada y propagar su especie; es claro, entonces, que las normas se heredaban de generación en generación para poder mantener viva la asociación en la que participaban y, por ende, sobrevivir ellos mismos. Las leyes de los Estados no contaban con esa fundamentación y, de hecho, atentaban contra la naturaleza de los hombres (Rivaya, 2021, p. 20)

La aplicación del derecho común era hecha por los árbitros o mediadores, mientras que la aplicación del derecho legal era ejercida por el juez, funcionario de la peor consideración para Kropotkin, quien veía en él lo más burdo del entramado legal; lo consideraba un depravado que se dedicaba a amenazar (Rivaya, 2021, p. 21). Pese a su concepto sobre el juez, reconocía que éste solo era un engranaje más en la estructura jurídica

del aparato estatal, compartiendo su puesto con los tribunales, policías, carceleros, etc., con el único fin de mantener los privilegios de las minorías más acaudaladas.

Su teoría de la justicia, que fundamenta su concepción del derecho común o popular, propugna por un equilibrio o armonía entre el bien común y los derechos humanos, éstos últimos vistos como los bienes más preciados del individuo. El bien común se debe entender, según la propuesta de Kropotkin (2014), como el bien de la sociedad y por lo tanto lo bueno para el hombre es lo útil a la sociedad y lo malo lo perjudicial. Para él, ambos bienes – común e individual – eran idénticos (p. 126). Los intereses particulares debían regularse con la mira puesta en un fin general (Kropotkin, 2008, p. 50)

3.2. Concepción de la política en Kropotkin.

La comuna insurrecta o ciudad es la forma de organización social más adecuada a los ideales anarco-comunistas. El objetivo de Kropotkin, en su libro la conquista del pan, es pintar en el horizonte la ciudad inspirada en sus preceptos filosóficos; construir el ideal de sociedad anárquica, con sus objetivos, medios y obstáculos a vencer bien delineados para orientar la acción hacia un buen puerto, justo después de haber logrado la revolución.

La ciudad utópica de Kropotkin debe tener unos rasgos fundamentales: ser autónoma y valerse de sus propios recursos frente a invasiones extranjeras. Aquella ciudad no estará basada en las ideas económicas preponderantes, que dan un lugar privilegiado a la producción, sino que estará influida por el consumo; esto es así porque para Kropotkin, la riqueza del capitalista se da cuando el obrero se encuentra en una situación de miseria, en virtud de la cual no puede satisfacer sus necesidades más básicas, por lo que tendría que someterse al capitalista, aceptar de buena gana el mísero salario que le ofrecen y en un todo, dejarse explotar por los que poseen los medios de producción. Para lograr este cometido, se debía redistribuir mejor los recursos para que todos pudieran satisfacer sus necesidades y no tener que regalar su trabajo a cambio de un sueldo – se debe reivindicar el derecho al bienestar y no el derecho al trabajo –.

El consumo era tan importante para Kropotkin (2014) porque en su época gran parte de la población vivía en pésimas condiciones, incluso en los países más industrializados. No

era justificable el estado en el que se encontraban viviendo, por ejemplo, en Londres, que no producía lo suficiente para su población teniendo la capacidad productiva para hacerlo (p. 111). Por lo tanto, una primera pregunta para resolver sería: ¿Cuánto habrá que producir para satisfacer las necesidades básicas de las personas?

Otra cuestión que le preocupa al autor es la manera como se hará esa producción. Afirma que el hambre y dejadez que sufre la sociedad se debe a que los Estados recientemente creados desfiguraron la relación entre la ciudad y el campo, establecida bajo los principios de la ayuda mutua.

Después de instalarse en su territorio gracias al enorme poder que adquirió en el feudalismo por su papel como Estado militar, y luego policía, despojó las tierras de los campesinos y les hizo refugiarse en las periferias de la ciudad, obligándolos a cambiar su estilo de vida para adaptarse a los trabajos de la ciudad, que era precisamente la oportunidad para encadenar al campesino con el salario.

Esto llevó a una división del trabajo desigual, en la que las sociedades industriales producían manufacturas y consumía alimentos, mientras que las agrícolas producían alimentos y consumían manufacturas; relación inequitativa, pues la manufacturas les permite a aquellas sociedades enriquecerse mucho más rápido que las sociedades agricultoras. Por ende, el nuevo modelo de producción debería tratar de reconstruir la relación trucada entre la ciudad y el campo por medio de regiones agroindustriales, que tienen mayor capacidad de producción, por ejemplo, de alimentos.

Este tipo de organización es la que le interesa al autor, y su ejemplo será visto en *La conquista del pan*, uno de sus libros más importantes, con la forma de ciudades agroindustriales que son el centro de una región urbana. En ese sistema, se desarrollará la agricultura extensiva y la descentralización de la industria, pues la agricultura no puede sobrevivir si no está aliada con la fábrica. Aquella unión es complementada por Kropotkin con otro sistema, la comuna anarco comunista inspirada en la parisina, que expondría una tesis similar a la de la ciudad urbana agrícola, pero dando énfasis en el acercamiento del campo a la ciudad, con el objetivo de producir sus propios alimentos para no depender del comercio exterior.

Resolver el consumo de las ciudades era para Kropotkin (2014), el objetivo principal de su propuesta política (p. 114). La ciudad sería para él, la estructura más eficiente para la satisfacción de las necesidades, es decir, para el consumo, mientras esté articulada para la realización de consumo socializado, una tendencia ya vista en el sistema capitalista, que podía fortalecerse si dejarán de existir las trabas que imponen la propiedad privada, el sistema de trabajo asalariado y el Estado.

Sin duda, el problema más acuciante era el abastecimiento de las ciudades recién emancipadas. En su teorización, posterior a distinguir las características de procesos revolucionarios, menciona que tanto en Francia como España la revolución se expresaría en levantamientos comunales; el ejemplo de Francia es especial, pues la comuna de París será el terreno escogido donde tomaría forma su organización económica espacial (Kropotkin, 2014, p. 115)

La comuna insurrecta, el modelo expresado por Kropotkin, no solo debía lidiar con el desabastecimiento posible de la ciudad en el desarrollo de la revolución y después de haber conseguido la victoria, sino idear un nuevo modelo económico y político; este tendría que seguir dos principios fundamentales del anarco-comunismo: la descentralización y la integración del trabajo industrial y agrícola, que toman forma en la comuna sublevada.

La comuna de París, la ciudad escogida por Kropotkin, se basa en la combinación de la ciudad con el campo que la rodea.

El segundo campo de consumo es la vivienda. Para Kropotkin, las ciudades deberían ser consideradas patrimonio común, pues albergan las artes, ciencias e industrias de los humanos que habitan en ella. Es trabajo acumulado de millares de personas muertas que aportaron, con su profesión, a la construcción de la ciudad, mantenida ahora por los hombres del presente. Al ser de todos aquellos que contribuyeron alguna vez en construcción de la ciudad, ningún particular puede apropiarse de una parte de ella. Por ello Kropotkin (2014) reivindicó los derechos naturales que tienen los trabajadores de París como, por ejemplo: alojamiento gratuito, la legitimidad del pueblo a reclamar una vivienda confortable y gratuita, expropiación y el reparto de las viviendas existentes. La ciudad es capital social, al servicio de todos (p. 118). La idea de la vivienda imaginada por Kropotkin (2014) debía mantenerse desde la explotación agrícola cooperativa intensiva, considerando como vital también

encontrar la fórmula para que las mujeres dejaran de estar explotadas por el trabajo doméstico; la solución del autor ruso fue un modelo de servicios urbanos de agua caliente, cocina, lavado, mantenimiento, etc... de carácter colectivo (118)

Kropotkin, siguiendo su argumentación sobre el apoyo mutuo, le presta atención a la socialización del consumo, motivada por dos tendencias que se vislumbran en las ciudades que Kropotkin conocía. Estas tendencias irían en contra de la tendencia al individualismo y daría lugar a la configuración de instituciones sociales, tales como los servicios públicos. La primera tendencia nos llevaría a conservar los rasgos comunistas – como la colectivización de la tierra – de la antigüedad; La segunda tiende a la revitalización del principio comunista en las variadas manifestaciones de la vida. Las organizaciones que nacen de esa socialización tienen como principio el viejo lema anarquista y comunista de *a cada cual según sus necesidades*. En los servicios públicos recién creados en algunas ciudades de Europa del siglo XVIII y XIX, podemos encontrar aquellas tendencias a la socialización, pues muchos de estos servicios con el paso del tiempo bajaban sus precios – gracias a la electrificación – y establecían una tarifa fija, pese a que su consumo podía excederse, como en el transporte público; incluso los servicios dejaban de cobrar y se volvían gratis, como lo son las bibliotecas públicas. También estos servicios dejaron de estar en manos privadas, que eran las que gestionaban todos esos servicios y empezaron a ser proveídos por el ayuntamiento, en manos de los socialdemócratas por las épocas en las que Kropotkin escribía sus teorías.

Los servicios públicos culturales, como las bibliotecas públicas, respondían como se dijo a esa misma tendencia, y allí también se dejaba ver la posibilidad de trabajar menos horas de las que se trabajaban en aquella época – unas 5 horas de 9 que eran las oficiales para los obreros –, objetivo primordial de los anarquistas, que entendían la libertad como el tiempo libre que le queda a la persona después de ejercer su trabajo o labor. “el tiempo libre después del pan, he ahí el supremo objetivo”. La ciudad es el espacio ideal, según Kropotkin, para desarrollar ese nuevo estilo de vida propio de las sociedades emancipadas.

Conclusiones.

Después de haber trasegado por la obra de este importante autor, de haber estudiado las teorías que adujo en la biología, la filosofía y la política, podemos sacar tres conclusiones claves.

Para el autor, la sociabilidad es el elemento instintivo más importante del ser humano, hasta el punto de ocultar otras actitudes innatas del humano que irían en contravía de su perspectiva biologicista. Esto se debe a que los ejemplos que estudió a lo largo de su labor como naturalista lo llevaron a pensar que la preponderancia, en la estructura de la vida en la tierra, de animales superiores, como el ser humano, solo podía ser entendida como la victoria de la cooperación, pues es cierto que estos animales viven agrupados en asociaciones de diversa naturaleza. Sin embargo, Kropotkin olvidó, muchas veces, que la evolución de aquellos animales podía surgir en contextos muy distintos, en los que no había, precisamente, las condiciones necesarias para la cooperación y se premiaba a actitudes más egoístas, como la iniciativa personal o privada. Podemos ver en su pensamiento un sesgo de confirmación.

Kropotkin, debido a su estrechez de pensamiento, propugna por una moral que solo da importancia a la especie o grupo, pues si el humano vive en sociedad, si su vida no puede tener sentido más allá de su grupo o asociación, qué fin habría más importante que la sobrevivencia de los nuestros. Esto es muy cuestionable, ya que, muchas veces la moral individual y la colectiva chocan, hasta puntos irreparables, y si como hace Kropotkin, le damos una excesiva preponderancia a la colectividad, tenderemos a oprimir al individuo en extremo, algo que no sería aceptable, incluso para el mismo Kropotkin.

Su confianza en lo social también lo lleva a confiar en la anarquía, pues al creer que existe un orden natural en las agrupaciones naturales, orden espontáneo que nace de las circunstancias particulares de la naturaleza, desprecia a los supuestos ordenes falsos – como el Estado – que considera un instrumento para la opresión. No obstante, en cuanto al hombre, es difícil hacer ese tipo de separación, pues no sabemos a ciencia cierta cuál sería el criterio básico para separar ambos ordenes, ya que el Estado, al haber nacido por una necesidad clara, que es la necesidad de la fuerza para repeler las invasiones extranjeras, también podría ser considerado como un orden natural. Hay pues, en su pensamiento político, una falsa

dicotomía, entre un orden descentralizado bueno y un orden centralizado malo; una admiración por la organización local o regional y un odio por la organización que proviene de un centro a la cabeza. El triunfo del Estado frente a las organizaciones locales como las comunas, hecho probado por los inmensos ejemplos en la historia – como la desaparición de la comuna de París por el Estado Absolutista –, demuestran que su teoría no tiene validez empírica.

Referencias.

- Kropotkin, P. (1977). *Ley y autoridad*, en *Folletos revolucionarios*. Barcelona. Tusquets.
- Kropotkin, P. (2008). *La conquista del pan*. Madrid. La Malatesta.
- Kropotkin, P. (2010). *Anarcocomunismo: sus fundamentos y principios*. Madrid. La Malatesta.
- Kropotkin, P. (2014). *La moral anarquista*. Madrid. Catarata
- Kropotkin, P. (2020). *El apoyo mutuo: Un factor de evolución*. La Rioja, España. Pepitas ed.
- Kropotkin, P. (2021). *Fijaos en la Naturaleza, Ética: origen y evolución de la moral*. La Rioja, España. Pepitas ed.
- Oyón, J. L. (2014). La ciudad desde el consumo: Kropotkin y la Comuna anarquista de La conquista del pan. *La ciudad desde el consumo: Kropotkin y la Comuna anarquista de La conquista del pan.*, 187-206.
- Rivaya, B. La filosofía del derecho de Piotr Kropotkin. *Tigor. Rivista di scienze della comunicazione e di argomentazione giuridica*.